

891.85-
8

PG7158
S4
F38
V.2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSIÑA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. I.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Tipografía de la Casa Editorial Maucci, Barcelona.



La Família

Polaniecki

XXXII

Una semana hacía que se hallaban en Florencia los recién casados, cuando Polaniecki recibió una carta de Bigiel, con tan buenas noticias sobre los negocios de la *Casa*, que superaban todas las expectativas y previsiones más optimistas. Esto halagó el amor propio de Polaniecki, y no supo abstenerse de elogiar su capacidad en presencia de su mujer, con el aire de quien alcanza todo lo que quiere. Y en Marina encontró una oyente adicta y crédula.

—Tú eres mujer,—dijo con cierta vanidad,—y ciertas cosas no puedes comprenderlas. Pero basta que te diga que ayer no me hallaba en disposición

de comprarte aquel collar de perlas negras que viste en casa de Godni, y que hoy puedo y lo compraré.

Marina le expresó su gratitud, pero al mismo tiempo le rogó que desistiera de aquella idea. Abrazóla él, diciéndola que era cosa ya resuelta y que quería admirar á su Marina adornada con el collar de perlas negras:

—Ves,—prosiguió luego paseándose por la habitación.—Bigiel jamás habría acertado el momento oportuno; él habría diferido el paso decisivo, y se habría perdido la ocasión.

Jamás se había sentido tan feliz como ahora, con tanto mayor motivo cuanto que su alma había adquirido una especie de mayor disposición á sentir lo bello y lo bueno. Sin poder darse cuenta de ello, experimentaba la influencia religiosa de su mujer. Cada vez que la acompañaba á la iglesia, acudíanle á la memoria las palabras que Marina le había dirigido aquel domingo en Varsovia: «Y el servicio de Dios?»

—En suma,—decíase á sí propio;—ya percibo á Dios en todo lugar; lo he percibido en la tumba de Litka, lo he percibido en las palabras de Vascovski, después de la muerte de la niña.; lo he percibido el día de la boda. Yo no me pregunto si tengo que amarle y adorarle; pero tengo que hacerlo según me lo dicta mi convicción personal, ó bien como lo entiende mi mujer y como me lo enseñó mi madre.

Llegado á Roma, se vió distraído de estas ideas. Las impresiones nuevas é innumerables que herían su mente, no le dejaban tiempo para reflexionar. Además regresaba á casa tan fatigado á consecuen-

cia de las muchas cosas que había ido á ver, que le acudían á la memoria aquellas palabras de Bukacki, su *cicerone*, que á cada paso les decía á los dos esposos:

—Pero si todavía no habéis visto ni la milésima parte de lo que merece verse.

El profesor Vascovski había venido expresamente de Perugia para saludar á sus amigos. Marina se alegró mucho y le acogió con tanta cordialidad como si fuera un próximo pariente. Pero la joven había notado desde luego una expresión de dolor en el semblante del viejo pedagogo.

—¿Qué es lo que le aflige á usted?—le preguntó.
—¿No está usted contento de hallarse en Italia?

—Hija mía,—contestó el profesor.—En Perugia todo es hermoso, y en Roma también es hermoso todo. ¡Cuántas bellezas! pero...

—¿Pero qué?

—¡Oh! los hombres... No por maldad, porque también son aquí en mayor número los buenos que los malos; ¡pero me causa tanta pena el que se me tome por un loco!

Bukacki, que estaba presente, le dijo:

—Aquí, por lo menos, no puede usted tener graves motivos de disgusto, como se los hemos dado nosotros en Varsovia.

—Es verdad,—respondió Vascovski;—pero allá hay personas que viven cerca de mí que me quieren, como vosotros, mientras que aquí no las hay. Siento la nostalgia. Los periódicos han publicado relaciones sobre la Memoria que publiqué,—prosiguió dirigiéndose á Polaniecki;—algunos se burlaron de ella, otros la dieron cierta importancia, pero

hasta estos declararon que era ridículo sostener la tesis de la misión confiada á los jóvenes arrianos. Esto me causó un pesar. Y luego me dan á entender con frecuencia que aquí dentro existe algún desequilibrio.

Y el pobre Vascovski se golpeaba la frente con la mano. Pero luego, alzando la cabeza, prosiguió:

—El hombre siembra con frecuencia entre el dolor y la duda, pero la semilla cae siempre en terreno fecundo.

Después pidió noticias de la señora Emilia, y luego, fijando en Marina su triste mirada, dijo:

—¿Cómo estáis vosotros dos?

Marina, en vez de contestar, corrió á reunirse con su marido, y apoyando la cabeza sobre uno de sus hombros, dijo:

—Mirad, profesor, nosotros estamos así.

Y Polaniecki acarició los negros cabellos de su joven esposa.

XXXIII

Ocho días después, Polaniecki acompañó á su mujer á casa del pintor Svirski, que tenía su taller en la vía Margutta. Durante estos últimos tiempos Polaniecki había trabado amistad con el artista, el cual ahora tenía que disponerse á hacer el retrato de Marina. En el taller se encontraron con la señora Osnovski y su marido. Las dos mujeres se habían conocido ya en sociedad, en Varsovia, y Polaniecki había sido presentado dos años antes, en Ostende, á la señora Ornovski. Entonces ésta pasaba por una joven hermosísima. A la sazón, era una mujer de unos veintisiete años, alta, lozana, pero algo more-

na, con una boca extraordinariamente pequeña y encarnada, y unos ojos rasgados y algo inclinados que le daban cierto tipo de mujer china, y tenían cierta expresión de picardía y de malicia. Tenía un andar que le era peculiar, con los hombros echados para atrás y el pecho saliente, por lo cual Bukacki, cuando hablaba de ella solía decir que llevaba el busto *en ofrenda*. En cuanto hubo saludado á Marina, la ofreció su amistad. A Polaniecki le dijo que se acordaba de que en Ostende pasaba por un excelente bailarín y por un buen hablador. Luego les declaró á entrambos que estaba entusiasmada de Roma, y enamorada de Villa Doria y del Pincio.

Después de haber estrechado la mano de Svirski y haber sonreído coquetamente á Polaniecki, se alejó seguida de su marido, diciendo que dejaba su puesto en el taller á una mujer más digna que ella.

—Es un verdadero torbellino,—dijo el artista, respirando con fuerza.—Cuando pasa, me es imposible hacerla callar.

—Es un tipo interesante,—observó Marina;—¿puede verse su retrato?

—Sin duda; casi está terminado,—contestó Svirski.

Marina y Polaniecki se aproximaron al caballete y no pudieron menos que expresar su admiración.

El tono ardiente del colorido producía la misma impresión que si se tuviera á la vista un cuadro al óleo. Las facciones de la señora Ornovski habían sido perfectamente reproducidas. El pintor, después de haber vuelto á cubrir el retrato y de haber ido á colocarlo en un ángulo obscuro del taller, rogó á Marina que tomara asiento, examinándola lue-

go con atención. Esta mirada insistente la turbó algo: Svirski se sonrió satisfecho y murmuró:

—Es un tipo del todo diferente. ¡Cielo y tierra!

Luego, dirigiéndose á Marina, añadió:

—Eso es, el puro carácter femenino de nuestras mujeres es la prerogativa de los rasgos de su fisonomía, señora.

—¿Y usted sabrá reproducir este carácter tan perfectamente como ha reproducido el carácter diabólico de la señora Ornovski?

—¡Pero Stach!—dijo Marina.

—Sí,—afirmó el pintor;—aquella señora es un diablillo gracioso, pero muy peligroso. Como artista, tengo grandes ocasiones de estudiar, de observar muchas cosas que pueden pasar desapercibidas á los demás. La señora Ornovski es un asunto digno de ser estudiado.

—¿Por qué?

—¿No ha observado usted al marido?

—Estaba tan ocupada hablando con ella, que no me he fijado en el marido.

—Es que ella procura no ponerlo en evidencia logrando que pase desapercibido; pero lo peor es que ella hasta se olvida de que tiene marido, á pesar de que es el hombre más bueno de este mundo; fino, educado, rico, nada tonto y locamente enamorado de su mujer.

Entre tanto, Svirski había empezado el retrato de Marina, y mientras hacía el esbozo continuó sus observaciones.

—El está locamente enamorado. ¿Quiere usted hacer el obsequio de levantar un poco el cabello sobre la frente? Si su marido de usted quiere hablar

con franqueza, debe estar desesperado. Bukacki sostiene que en cuanto me pongo á pintar, no cierro el pico y no consiento á los demás que lo abran. Pues, como decía, la señora Ornovski es una coqueta, con el corazón frío y la cabeza ardiente, de modo que pertenece á la especie más peligrosa. Devora á docenas las novelas, francesas se entiende... en las cuales aprende la psicología femenina... y la manera de tratar al marido.

—Es usted terrible,—observó Marina.

—Las mujeres me interesan mucho,—continuó Svirski después de haber sonreído ante la observación de Marina.—Bukacki las divide en plebeyas las de naturaleza común y baja, y en patricias, eso es, las que están dotadas de una naturaleza noble y de aspiraciones elevadas. Pero yo las clasifico de otra manera, tal vez más exacta y más sencilla. Yo divido las mujeres en dos categorías: las que poseen un corazón agradecido y elevado, y las que lo poseen grosero y desagradecido.

Alejóse un poco del caballete haciéndose atrás, tomó un pincel fino, lo colocó de frente al retrato, y prosiguió:

—Usted, señora, me preguntará qué es lo que entiendo por corazón agradecido y desagradecido. Un corazón agradecido es el que agradece que se le ame, y corresponde al amor de que es objeto, con tanto y hasta con más amor, que se olvida á sí mismo y que sabe apreciar y respetar una pasión vehemente. Por el contrario, un corazón desagradecido hace infructuoso el amor, y cuanto más se está enamorado de ella, tanto menos se preocupa del amor de que es objeto, tanto más lo pisotea. Así co-

mo el pescador no se cuida ya del pez que tiene prisionero ya en sus redes, de igual manera la señora Ornovski no se preocupa ya del marido. Esta pertenece á la segunda categoría, mientras que usted, señora, es usted. . un corazón agradecido.

Polaniecki se rió y convidó á Svirski á comer, añadiendo que aguardaba también á Bukacki y al señor Vascovski.

—Acepto con mucho gusto,—dijo el pintor,—y como hace buen tiempo, después podremos hacer una visita al Coliseo iluminado por la luna.

XXXIV

Al día siguiente cuando Polaniecki y Marina habían acabado de comer, les fué anunciada la visita del señor Ornovski. Polaniecki sentía hacia él cierto desprecio por lo que había oído decir de él al pintor; mientras que Marina, sentía por él una verdadera simpatía. Comprendía que debía ser muy bueno y esto se dejaba adivinar por la suavidad de sus facciones que nada tenían de feas, si bien estaban empañadas por las manchas que cubrían su semblante.

—Vengo de parte de mi esposa á hacerles una proposición,—dijo el señor Ornovski, con el desenfado propio del hombre habituado á la buena sociedad:—hoy queríamos dar un paseo á San Pablo y á las Tres Fuentes. Está fuera de la ciudad y desde allí se goza una magnífica vista. Sería para nosotros una gran satisfacción si ustedes quisieran dar este paseo con nosotros.

Marina dirigió á su esposo una mirada interrogadora, y éste contestó:

—Por mi parte aceptaría con mucho gusto la oferta, pero la decisión depende de una autoridad más alta que la mía.

La alta autoridad no estaba del todo segura de que su súbdito decía realmente lo que pensaba; mas cuando vió su cara sonriente, se aventuró á decir:

—Aceptamos agradecidos; mas no quisiera que les sirviésemos de estorbo.

—Nada de esto, antes por el contrario nos harán ustedes un gran obsequio,—respondió Ornovski;—dentro de un cuarto de hora estaremos aquí.

Media hora después se hallaban todos en la calle. Los ojos chinoscos de la señora Ornovski brillaban de placer. Vestida de *foulard* de color de iris, con un alzacuello que habría podido pasar por la octava maravilla, parecía una sirena. No habían llegado todavía á San Pablo cuando ella había tenido ya la habilidad de hacer comprender á Polaniecki lo siguiente: «Tú mujer es una simpática y bonita hija de los campos; mi marido es una nulidad, y nosotros nos entenderemos perfectamente».

Detrás de San Pablo, la vista se espaciaba sobre la campiña romana, con sus acueductos y sus montes de Albano, que surgían de en medio de una niebla azulada.

La señora Ornovski, que por durante largo rato había tenido fija la mirada en aquel panorama, volvióse hacia Polaniecki, como si despertara de un sueño, y le dijo:

—¿Ha estado usted en Albano y en Remi?

—No. Las sesiones en casa del pintor Svirski nos roban todo el tiempo disponible.

—Nosotros hemos estado ya, pero si tienen uste-

des ganas de ir, llévenme en su compañía, pues yo volveré allá con mucho gusto. ¿Consiente usted?— prosiguió volviéndose hacia Marina.—Puede que estorbe, pero no importa. Me achicaré mucho, acurrucándome en un rincón del coche, y no despegaré los labios.

—¡Oh! eso de achicarse...—observó el señor Ornovski.

—Mi marido no quiere creer que me haya enamorado de Remí,—continuó la mujer de éste.—Remí es la paz: tal vez no me crea usted, señor Polaniecki; pero cuando fui allá me vinieron deseos de hacerme ermitaña, y este deseo lo tengo fijo en mi corazón. Edificaría mi ermita á la orilla del lago, me vestiría con un largo y pesado hábito gris, y andaría descalza. ¡Cuánto me gustaría ser eremita!

—¿Y entonces, Anetka, qué sería de mí?—preguntó el señor Ornovski.

—Tú te consolarías,—contestó ella con breve acento; y luego continuó:—viviré de limosnas, y cuando viniérais á Remí, me pondría á vuestro lado, diciendo en voz baja: «Un sueldo, un sueldo».

Y tendiendo hacia Polaniecki su diminuta mano, repitió con voz plañidera:

—Un sueldo para la pobrecita... un sueldo,—y luego le miró en los ojos.

Entre tanto, el señor Ornovski hablaba con Marina.

—Dícese,—la refería él,—que cuando decapitaron á San Pablo, su cabeza dió tres saltos, y en cada sitio del suelo donde la cabeza tocó, brotó una fuente y de ahí procede el nombre de Tres Fuentes. Ahora aquel sitio pertenece á los trapenses. Antes

era peligroso pernoctar allí á causa de la malaria; mas ahora que hay plantada una verdadera floresta de eucaliptos, han mejorado las condiciones higiénicas.

Entre tanto habían llegado al término de su paseo. Visitaron el jardín, la iglesia y la capilla, donde brotaban las tres fuentes. El señor Ornovski hacía de cicerone repitiendo con voz monótona al resto de la comitiva lo poco que sabía y que tal vez había leído poco antes. Marina lo escuchaba con interés; Polaniecki, por el contrario, iba pensando:

—Tener que vivir trescientos sesenta y cinco días al año con un hombre semejante debe ser un martirio.

Con esas palabras, justificaba la conducta de la señora Ornovski. Esta última no estaba ni un momento quieta: empezó por beber un vasito de licor contra la fiebre preparado con eucaliptus, y declaró que, si hubiese sido hombre, se habría hecho trapense; después se acordó de que su vocación era la de ser marino, siempre entre cielo y tierra, viviendo en el infinito; y por último declaró que el mayor de sus deseos era el de ser un gran escritor, para poder describir los sentimientos más secretos del alma, los afectos del corazón, y los clarooscuros ó las medias tintas de los sentimientos humanos. Ahora tenían que saber, por de contado á condición de que guardaran el secreto, que estaba escribiendo sus memorias, y que su marido, el buen Jozio, había declarado que era una dura maestra; pero que ella sabía que no valía gran cosa, y de consiguiente se reía de Jozio y de las memorias.

Y el buen Jozia la miraba lleno de admiración.

El sol estaba ya próximo á la puesta, los árboles proyectaban largas sombras en el suelo y los collados de Albano parecían cubiertos por un velo de color de rosa. Del campanario de la iglesia de San Pablo partieron los primeros tañidos de la campana que invitaba á la oración de la noche. Inmediatamente después partieron iguales sonos de todos los demás campanarios de la Ciudad Eterna, uno tras otro. Era un coro de sonoras voces de bronce; el aire estaba lleno de ellas; parecía que se estaban tocando las campanas sin interrupción alguna, no sólo en la ciudad, sino en toda la campiña y en las cimas de los montes.

Los ojos de Polaniecki buscaban involuntariamente los de su mujer; pero Marina tenía sus ojos inclinados al suelo. Su semblante espresaba una paz completa, y sus labios se agitaban murmurando una plegaria.

La devoción de Marina; el tañido de las campanas, el sagrado suelo que pisaban y aquel inexplicable misticismo que llenaba en aquel instante todo el campo, obraron con gran fuerza sobre Polaniecki.

—Sería un loco,—dijose á sí mismo,—si buscase una forma especial para honrar á Dios en vez de contentarme con eso que mi mujer llama *servicio de Dios*, y que debe ser lo mejor, puesto que existe hace ya cerca de dos mil años. ¿Por qué he de tener la pretensión de rogar al Señor de una manera distinta y mejor? Así ha rezado mi madre, así reza mi mujer, y jamás he visto dos naturalezas más tranquilas y más felices que las suyas.

Miró á Marina: ésta, que había terminado su plegaria, le sonrió, y dijo:

—¿Por qué estás tan callado?

—Nadie habla,—respondió él.

Y en efecto, la señora Ornovski estaba silenciosa, pero por otra razón. Mientras Polaniecki estaba distraído en sondear sus propios sentimientos religiosos, ella le había dirigido muchas miradas incendiarias y muchas preguntas; pero él no hizo caso de las primeras y contestó distraído á las segundas. La señora se dió por ofendida y juró tomarse la revancha. Pero como perfecta mujer de mundo, continuó siendo amable con Marina, la preguntó cuáles eran sus intenciones para el día siguiente, y cuando supo que quería visitar el Vaticano, la dijo:

—¿Sabe usted como tiene que ir vestida? Vestido negro y velo punteado en la cabeza. Una parece más vieja, pero es indispensable.

—El señor Svirski había llamado ya mi atención sobre este particular.

—El señor Svirski me ha dicho varias veces que le sois muy simpática.

—También él me es muy simpático á mí.

Cuando hubieron regresado á su alojamiento, la señora Ornovski antes de separarse, saludó tan fríamente á Polaniecki, que éste pensó:

—O ha cambiado de táctica, ó se ha ofendido por alguna palabra mía.

Por la noche, preguntó á Marina:

—¿Qué me dices de la señora Ornovski?

—Creo que el señor Svirski la ha juzgado con exactitud,—contestó ella.

—En este momento estará escribiendo sus memorias que Jozio juzga una obra maestra,—repuso Polaniecki.

XXXV

A la mañana siguiente, cuando Marina entró á ver á su marido, éste apenas la reconoció. Vestida de negro y con el velo punteado en la cabeza, le pareció más imponente y con un aire de gravedad que le recordaba el día de su casamiento. Media hora más tarde estaban ya en la calle. A Marina latíale el corazón con más fuerza de lo acostumbrado. Lo notó ella y se lo dijo á Polaniecki, el cual la tranquilizó bromeando, á pesar de que también él experimentaba cierta opresión. Luego, cuando llegó ante la gigantesca cúpula de San Pedro sintió que tenía el pulso acelerado y experimentó una sensación extraña. Parecíale que era más pequeña de lo que solía ser. En la escalera, donde están los suizos con sus espléndidos uniformes, se encontraron con Svirski, que les sirvió de guía. Marina atravesaba como atontada las inmensas salas llenas de gente! Detuviéronse al fin en un salón grandioso donde se hallaba reunida gran multitud de personas, por entre las cuales procuraba la guardia suiza dejar el paso libre. Los ojos de todos los allí congregados estaban vueltos hacia aquel paso libre que terminaba en una puerta medio abierta de otra sala. Habríase podido creer que había vuelto la época de la Edad media; aquí aparecía un caballero cubierto de acero; allí un heraldo vestido de rojo y cubierta la cabeza con el birrete. Por aquella puerta medio abierta se deslizaban ora el traje de

púrpura de un cardenal, ora el violáceo de un obispo. Por todas partes se veían ondear plumas de avestruz, preciosos encajes sobre terciopelos negros, hombres de blanco cabello con semblante que parecía pintado sobre un sarcófago.

Polaniecki comprendió que toda aquella gente aguardaba á alguno más grande, muy superior á ellos; notaba la ansiedad de la espera pintada en todos los semblantes, sintió temblar en la suya la mano de Marina, y él mismo experimentó de nuevo la extraña sensación de parecerle que se empequeñecía, jamás, durante toda su vida, se había sentido tan pequeño. De pronto, una voz débil murmuró á su oído:

—Al fin os encuentro; dentro de un momento estará aquí.

Era Varcovski.

Pero su paciencia debía estar puesta á prueba por largo rato aún. Entre tanto, el señor Svirski fué saludado por un prelado conocido suyo. Después de haber cambiado algunas palabras con este último, el pintor acompañó á toda la comitiva á la sala inmediata. Polaniecki observó lleno de asombro que también aquí había gran número de gente. Allí era más visible todavía la espectación. Los hombres apenas se atrevían á respirar; sus rostros tenían una expresión solemne, misteriosa. Los rayos del sol cayendo sobre los tapices de púrpura, llenaban la espaciosa sala de una luz característica. Estuvieron aguardando todavía largo rato: al fin, de la sala anterior vino un murmullo, un estrépito confuso, y en el dintel de la puerta abierta apareció una figura blanca llevada por los guardias nobles.

Marina estrechó convulsivamente la mano de su marido. Un cardenal empezó á hablar; pero Polaniecki, no lo entendió, no lo oyó; toda su alma estaba concentrada en la blanca figura de rostro pálido casi transparente, más espíritu que cuerpo. Cuando vió que toda la gente se acercaba á aquella figura para recibir la bendición; cuando reparó en su esposa arrodillada á los pies de ella, comprendió que también él tenía que inclinarse, y á duras penas dominó su profunda emoción.

Al regresar á su vivienda, ninguno de ellos osaba despegar los labios. Marina estaba como atontada, y á Varcovski le temblaba todo el cuerpo. Bukacki fué también á comer con ellos, pero como también él se sentía enfermo, se mantuvo silencioso. Sólo Svirski exclamaba de cuando en cuando:

—Si, sí; quien no ha visto una cosa semejante, es imposible que se forme una idea de ello. Son impresiones que se graban en la mente.

A la caída de la tarde Polaniecki y Marina estaban contemplando la puesta del sol desde la «Trinitá dei Monti». Era un espectáculo espléndido. Una claridad dorada se extendía sobre la ciudad; á los pies de la joven pareja, en la plaza de España, descendía la sombra como un velo transparente, á través del cual se distinguían aún los sauces y los lirios de los vendedores de flores de la vía Condotti. Era un cuadro triste y silencioso, una dulce invitación al reposo y á la paz. Después la plaza desapareció en la obscuridad: únicamente la iglesia de la Trinitá resplandecía aún con un color dorado de púrpura.

Cuando descendieron la gigantesca escalera, su alma estaba invadida por un profundo sentimiento de apacible tristeza. Al fin Polaniecki cual si despertara de improviso, dijo volviéndose á su joven esposa:

—¿Sabes en qué estaba pensando? que en nuestra casa se ha acostumbrado á decir siempre en familia la oración de la noche.

—¡Ah, Stach!—contestó Marina con voz trémula; —¿hasta ahora no habías tenido valor para recordarlo?

XXXVI

Bukacki, que desde algún tiempo se sentía enfermo y se quejaba sin cesar de fuertes dolores en la nuca y de una debilidad general. Cierta mañana Polaniecki recibía de él el siguiente billete:

«Amigo mío.

»Anoche estuve á punto de partir para el otro mundo. Si no tienes cosa mejor que hacer ven á verme.»

Polaniecki sin decir nada á Marina corrió á casa del enfermo, á quien encontró en la cama.

—Me has asustado,—le dijo Polaniecki;—¿qué te ha sucedido?

—Nada de importancia: un pequeño ataque del lado izquierdo.

—Nada de bromas.

—Hablo formalmente. No tengo fuerza alguna en la mano izquierda, ni en el pie izquierdo, por lo cual no puedo tenerme en pie. Al principio creí que hasta había perdido la palabra y empecé á declamar: *per me si va nella...* Pero como ves la lengua

tenía fuerza todavía, y ahora hasta tengo despejada la imaginación.

—¿Estás seguro de que haya sido un ataque?

—Seguro. Y en definitiva, ¿qué es la vida?—empezó á declamar Bukacki.—Yo no me puedo mover, y por lo tanto si no es el fin, es el principio del fin.

—Sería una cosa aterradora, pero no creo en ello.

—¡Bah! hay momentos desagradables en la vida,—dijo una vez un sollo, mientras la cocinera lo des-tripaba.—Te confieso que en el primer momento se me erizaron los pelos de la cabeza á consecuencia del susto; pero ahora he recobrado el equilibrio. Uno se acostumbra á todo. Verdad es que hablo mucho; pero es porque no tengo tiempo que perder, pues esto acabará pronto.

—Hablas como un loco. Después de un ataque, se puede vivir treinta años todavía.

—Y hasta cuarenta. Un ataque apoplético es un hijo que puede permitirse mucha gente, pero yo no. Un hombre con cabeza dura, espaldas robustas y vientre sano, después de un ataque semejante, puede tener aún esperanzas; pero yo no. ¿Te acuerdas de cuando te burlabas de mi barriga? Te puedo asegurar que comparado con la que tengo ahora era entonces la barriga de un elefante. ¿No es cierto que el hombre es un cuerpo sólido? yo soy una línea con una sola dimensión, la longitud.

Como era natural, Polaniecki le contradijo, pero Bukacki replicó:

—Es inútil que tú te empeñes en contradecirme;

demasiado sé que el ataque se repetirá dentro de pocos días, y entonces, buenas noches.

Guardó un instante de silencio y luego continuó:

—¿Crees acaso que me sabe mal? Calcula que yo soy una especie de dedo separado de la mano. A nadie tengo en el mundo. Aquí, lo mismo que en Varsovia me veré asistido por personas mercenarias. ¡Qué vida sería la mía, si tenía que quedar como estoy ahora, inerte, demente y de cuerpo! En esta situación, ¿no es á caso un bien la muerte?

Polaniecki puso su mano en la del enfermo y le dijo con acento conmovido:

—Mi buen Adzio, no creas que vayamos á abandonar-te solo aquí, ni digas que á nadie tienes. Nos tienes á mí y á mi mujer, á Swirski á Vascovski y á Bigiel. Para nosotros no eres un extraño. Te llevaremos á Varsovia y te cuidaremos junto con la señora Emilia que es Hermana de Caridad.

Bukacki estaba más conmovido de lo que quería aparentar, humedeciéronsele los ojos, y después de un momento de silencio respondió:

—Eres un joven excelente... Si tengo todavía una voluntad, un deseo, te lo debo á tí: sí, quiero volver á Varsovia, yendo con vosotros estaré contento.

—Entretanto te trasladaremos á una casa de curación, donde podrás ser curado con cariño. Swirski nos podrá aconsejar... Déjame hacer y ya verás como todo irá perfectamente.

—Haz lo que te parezca,—contestó Bukacki en cuyo corazón había penetrado una ligera esperanza.

Polaniecki mandó llamar en seguida á Swirski y

á Varcovski, y al cabo de media hora comparecieron los dos. Aquel mismo día, el enfermo fué trasladado á una casa de curación, donde se le instaló en una habitación clara y pintada de blanco.

—¡Qué alegre es esto!—dijo Bukacki mirando las paredes de aquella pieza; y volviéndose á Polaniecki continuó:—ahora, amigo mío, tienes que pensar en volver al lado de tu mujer!

Polaniecki regresó á su casa, y participó á Marina el grave estado de salud en que su amigo se encontraba. Como era natural, ésta manifestó el deseo de visitarle, y en efecto, al día siguiente fué á verle, acompañada de su marido. Encontraron allí á Vascovski, que no se había separado del lecho del enfermo.

La visita de Marina sorprendió agradablemente á este último: se alegró mucho de volver á ver á una compatriota, pero no obstante, murmuró:

—¡Qué románticos sois! Todo esto no tiene sentido común. ¡Irse á molestar por un esqueleto tan desvenajado como el mío! Queréis obligarme á ser agradecido antes de que me muera, y ya os estoy agradecido, muy agradecido.

Marina trató de alejar de su mente sus tristes pensamientos de muerte. Le habló tranquilamente de su regreso á Varsovia, como de una cosa segura, y le dió consejos sobre la manera de cuidarse en cuanto hubiese vuelto á su país.

El enfermo la escuchaba con atención como si estuviera pendiente de sus labios.

Aquel mismo día fué á visitarle el señor Ornovski y se mostró tan conmovido y disgustado como si Bukacki fuera su propia hermana.

Al anochecer, Polaniecki, quedó solo con su amigo.

—Debo confesarte,—le dijo este último,—que jamás he comprendido como ahora, cuán miserable ha sido mi vida y cuán locamente la he consumido. ¡Si á lo menos me hubiese divertido! ¡Cuán necio es el hombre moderno! Tratar de ocultar todo lo que tiene de bueno en sí, bajo una máscara de payaso; persuadirse á sí mismo de la nulidad de la vida, y de todos los sentimientos, es admirablemente grotesco.

—Mi buen amigo,—dijo Polaniecki,—no te des mal rato con semejantes pensamientos, á lo menos en estos instantes.

—Tienes razón, pero no puedo menos de lamentarme que cuando estaba sano, todo era para mí objeto de risa, y he obrado como si nada me importara la vida: en cambio, ahora te digo en confianza que malditas las ganas que tengo de morirme.

—Pero si tú vivirás todavía largo tiempo.

—No trates de engañarme. También tu mujer ha tratado de persuadirme, pero he perdido toda esperanza. Me he cavado la fosa con mis propias manos. No sé si después de muerto seré ó no juzgado, pero te digo con franqueza, que estoy inquieto y que una especie de temor invade mi alma. En mi patria fui inútil á los demás, cuando podía haber sido muy útil. Estos pensamientos me dan angustia... Por extraña que te pueda parecer, te digo la verdad, comprendo que he comido el pan á traición... y entretanto viene la muerte.

Por más que Bukacki hablara con su acostumbrada volubilidad, su rostro expresaba una turba-

ción completa y su frente estaba cubierta de gruesas gotas de sudor.

—¡Pero qué cosas se te ocurren!—exclamó Polaniecki:—no te atormentes con semejantes pensamientos.

Pero Bukacki continuó:

—Yo poseo una fortuna importante. Una parte de ella te la dejaré á tí y el resto lo destinaré á fines de utilidad pública. Tú y Bigiel sois unos caballeros y os encargaréis de este trabajo, á mí no me queda el tiempo necesario para hacerlo. ¿Aceptas?

—Haré todo lo que tú desees.

—Gracias. ¡Cuán extraños son estos reproches, que uno se dirige á sí mismo!... Mas yo no puedo convencer á mi conciencia de que no tiene culpa. Me voy al otro mundo sin tener nada en mi activo... Esto tiene una gravedad aterradora... oscura como la noche... sin el menor rayo de luz... y se tiene que podrir, que descomponerse. ¿Tú crees?

—Yo no puedo decir sí ni no. He hecho burla de la divinidad, como de todas las demás cosas. Sin este peso encima de la conciencia, tal vez estaría más tranquilo... Me imagino ser una abeja que ha cometido la estupidez de saquear su propia colmena. Bien es verdad que no me lo he comido todo, la mayor parte se me la han llevado los objetos de arte que te dejaré á tí... ¡Con cuanto gusto viviría aún! Me contentaría con uno, á lo menos con el tiempo suficiente para no tener que morirme aquí... ¡Es tan dulce morir en la patria!

Muy adelantada estaba ya la noche cuando Pola-

niecki regresó á su alojamiento. Durante toda la semana no hubo alteración alguna en el estado de Bukacki, y sus amigos habían resuelto hacerle trasladar á Varsovia para secundar su vivo deseo, pues á cada instante recordaba á su patria y á la señora Emilia. Pero en la víspera del día que se había fijado para su partida, el enfermo perdió completamente el uso de la palabra.

A Polaniecki se le desgarraba el corazón á la vista de aquel desgraciado, cuyos vivaces ojos expresaban á veces una profunda inquietud y otras veces una muda plegaria. Al anochecer un nuevo ataque apoplético le dejó sin vida. Fué enterrado provisionalmente en el Campo Santo, porque Polaniecki estaba íntimamente convencido de que aquellas miradas mudas querían expresar el deseo de que sus restos descansaran en su patria.

XXXVII

—¿No te pregunto si eres feliz?—dijo Bigiel á Polaniecki, cuando éste estuvo de vuelta en Varsovia. —Con una mujer como Marina se tiene que ser feliz á la fuerza.

—Tienes razón,—respondió Polaniecki;—Marina es la mejor de las esposas. Los dos estamos contentos.

Dirigiéndose luego á la señora Bigiel, prosiguió:

—¿Se acuerda usted de que yo tenía miedo de casarme con una mujer que pretendiera que yo fuese todo para ella y que se figurara que debía hacerse dueña absoluta no sólo de todos mis sentimientos, sino de hasta mis mismos pensamientos? ¿Se